

MAGNO, Alessandro Marzo, *Los primeros editores*, Malpaso, Barcelona, 2017, 251 págs.

La imprenta de tipos móviles de Gutenberg constituyó en el siglo XIV una verdadera revolución en el mundo del libro. Este orfebre de la ciudad alemana de Maguncia facilitó el acceso y la divulgación de obras que anteriormente requerían un costosísimo proceso de copia manuscrita, pero no sería en el Sacro Imperio Romano Germánico donde la imprenta encontró su época dorada en las siguientes décadas. Este honor correspondió a Venecia, ciudad-estado a la que debemos la recuperación y divulgación a alta escala de obras de diversas temáticas, dando lugar a un verdadero mercado cultural; mucho más allá de la predominante temática religiosa que caracterizó a las imprentas de otros espacios europeos.

Esta monografía, editada en italiano en el año 2012 (*L'alba dei libri: quando Venezia ha fatto leggere il mondo*), con una favorable acogida entre los lectores por su lenguaje cercano y divulgativo, deudor sin duda de la profesión periodística que ejerce su autor, ha debido esperar un lustro para su traducción y distribución en el ámbito hispanohablante. Una circunstancia que, en modo alguno, resta valor a su contribución para ahondar en la historia del libro en particular y en la del Renacimiento en general. Alessandro Marzo Magno, veneciano de nacimiento y licenciado en Historia, nos sumerge con un lenguaje ameno, aunque sin renunciar al rigor histórico al incluir las correspondientes notas bibliográficas y críticas, en la poderosa industria editorial de Venecia desde finales del siglo XV hasta el siglo XVII, aunque con especial atención a la primera mitad del siglo XVI. Una época en la que la Serenísima República llegó a editar la mitad de los libros del continente europeo.

A lo largo de once capítulos, el autor nos va sumergiendo en el mundo de los primeros editores modernos, valiéndose de algunos hitos para evidenciar ese destacado papel de su ciudad natal. El primer capítulo, titulado “Venecia, capital del libro”, actúa como necesaria presentación de todo lo que posteriormente encontraremos; no en vano es el más extenso de todo el libro. En sus páginas se nos da cumplida cuenta del por qué de este protagonismo veneciano en los inicios del mercado del libro impreso, vinculado necesariamente a su perfil de república abierta comercial y políticamente. Sus excepcionales conexiones marítimas, resultado de una activa política comercial con sus territorios mediterráneos y con los pueblos balcánicos y de próximo oriente, hacían posible no solo disponer de capitales para invertir sino también el disponer de mercados que hicieran viables esas inversiones. Si a ello sumamos un entorno sociopolítico en el que el margen de libertad y permisividad era mayor que en otros Estados europeos (la censura no aparecerá hasta 1553), tendremos el espacio perfecto para que allí se imprimiera el primer Talmud, el primer Corán, el primer tratado ilustrado de arquitectura, los primeros tratados de cocina, medicina, cosmética o

arte militar, los primeros libros de mapas e incluso el primer libro considerado como pornográfico.

Un floreciente mercado del libro que tendría una valiosa característica: la competencia hizo que los impresores de Venecia optaran por ampliar su catálogo de libros, no así el de ejemplares por título. Circunstancia que, sumada a la caída del precio del papel en la primera mitad del siglo XVI por la fuerte demanda, hizo factibles algunas empresas editoriales con una importancia capital para la historia cultural de Europa. Las cifras hablan por sí solas, en el siglo XV se calcula que de las imprentas venecianas salieron 1.350.000 volúmenes, una cifra que se dispara en la siguiente centuria hasta alcanzar los 35.000.000 (p. 24).

Al tratarse de iniciativas empresariales financiadas por patricios de círculos humanistas, la intervención de la Iglesia fue menor en Venecia durante décadas, facilitando que en el catálogo de títulos de los libreros-impresores la temática predominante no fuera la religión. En este sentido, ha de destacarse el papel del primer impresor moderno, Aldo Manuzio, al que debemos la publicación de los primeros autores en griego y en latín, al igual que en lengua italiana, buscando siempre atraer clientela. Su importancia es tal que se le dedica monográficamente el segundo capítulo del libro. Manuzio supo ver en la imprenta una verdadera oportunidad para difundir la cultura —el libro para aprender y para entretenerse— y, a la par, obtener beneficios; a él se debe la invención del libro de bolsillo, de la letra cursiva e incluso del concepto de *best seller*.

Analizada la trayectoria de Aldo Manuzio, o Aldo Romano, como también firmaba sus ediciones, continúa Magno su monografía ofreciéndonos detallados relatos de las primeras ediciones impresas en Venecia de obras de importancia indiscutible para la historia de la Humanidad. La primera Biblia rabinica y el primer Talmud (capítulo 3), el primer Corán (capítulo 4), el primer libro en lengua armenia (capítulo 5) y las primeras ediciones de libros en glagolítico —antiguo alfabeto croata— (capítulo 6) sumergen al lector en el día a día de esas comunidades de impresores.

En una Europa que vivía la época de los descubrimientos, la Serenísima República también supo hallar un espacio predominante en la difusión de esos viajes (capítulo 7). La edición de materiales geográficos y, sobre todo, militares en Venecia fue de tal calado que la hicieron el principal centro de propagación de los nuevos conocimientos geográficos (p. 126). La vida cotidiana y sus temáticas afines no podían faltar tampoco en las prensas venecianas. Por ejemplo, la música (capítulo 8) constituía un elemento clave en el ocio y en la socialización de todos los sectores sociales, por no mencionar su destacado papel en el ámbito religioso. La impresión de partituras, por tanto, constituía una interesante oportunidad de negocio para los venecianos; negocio que lideraron en la península itálica, pero en el que realmente nunca estuvieron solos.

El penúltimo capítulo lo dedica el autor a Pietro Aretino (Arezzo, 1492), no tanto porque a él debemos los *Sonetos lujuriosos*, editados en 1527, sino sobre

todo porque ejemplifica bien el nivel de libertad en el que desarrollaban su labor los impresores venecianos hasta avanzado el siglo XVI. Considerado el primer libro pornográfico publicado, se ilustraba con dieciséis grabados sexualmente muy explícitos debidos a Giulio Romano, discípulo predilecto de Rafael.

La segunda mitad del siglo XVI significó para Venecia un deterioro de los tres factores clave que facilitaron el auge de su industria librera: capitales disponibles, líneas comerciales y libertad de opinión. Aspectos a los que Magno dedica el undécimo y último capítulo. La navegación atlántica hace entrar en declive las rutas comerciales mediterráneas, no sumándose Venecia a las nuevas; mientras que la Iglesia Católica tuvo también un papel activo en este declive al contribuir al establecimiento de un férreo control sobre los textos editados. En 1553 se produciría la primera quema de ejemplares del Talmud judío, a la que siguió otra de unos 20.000 libros en 1559. Las autoridades civiles de la república no tardaron en introducir sus propios controles, obligando a partir de 1562 a que todo manuscrito fuese examinado antes de su impresión por un religioso y dos laicos. La lentitud del proceso y la propia censura supuso el hundimiento del sector librero, pasando el número de prensas de la ciudad a solo 34 en 1598.

Nos encontramos, pues, ante un libro imprescindible para todo aquel interesado en los inicios del libro impreso y en cómo éste encontró su mayor centro de difusión inicial en el Estado europeo que mostraba entonces los mayores márgenes para la inversión y la comercialización de este producto en un contexto de amplias libertades. Gutenberg dio a la Humanidad la imprenta y Venecia supo utilizarla hasta límites insospechados para difundir la cultura.

*Adolfo Hamer Flores*